

ENCUENTRO CON JUAN RAMÓN EN MOGUER. DIOS EN EL FONDO

ROSARIO PANIAGUA FERNÁNDEZ ¹

«Moguer, madre y hermanos/El nido limpio y cálido.../
Aquí estoy bien clavado...» (en Moguer).

«... ¡Qué bien le viene al corazón/su primer nido! ¡Con
qué alegre ilusión/torna siempre volando a él;/con qué des-
cuido/se echa en su fresca ramazón,/rodeado de fe, de paz,
de olvido...» (a su madre) ².

1. PARA COMENZAR...

He seleccionado estos versos de Juan Ramón pues definen mi interior al «asomarme», al Moguer del que nunca me he ido y que llevo muy dentro de mí, lo recuerdo (es decir lo paso por el corazón) cada día y es mi referente, mi raíz, mi casa; «aquí estoy sin haberme ido nunca». Vuelvo a Moguer siguiendo el sugerente título de la novela de Susanna Tamaro, *A donde el corazón te lleve*.

En Moguer, en este ámbito privilegiado de «la luz con el tiempo dentro», aprendí a *gustar* lo bueno, lo bello, en este marco incomparable en el que vi la luz primera. La misma que me acompaña en Madrid, pues una parte de ella me la llevé conmigo y nunca se apaga, habitando mi corazón, dentro, muy dentro hasta «... deshacerse de una vez ya en la luz...».

Hago mío, en este recuerdo permanente de Moguer, el poema el *Portalón*, pues en él dice el poeta lo que yo no sabría expresar:

«Aquel portalón grande,/por donde yo salí para venirme aquí,/habrá
seguido siempre de par en par mirando/todo lo que yo vi. // Todo lo que
estos ojos lentos/vieron, hora tras hora de la infancia, allí. // Aquel
portalón grande, siempre abierto día y noche,/que ya no se podía cerrar
de tanto estar así;/aquella sombra grande con sol hondo o agua ciega,
que me miró salir para venirme,/quedándome allí, aquí» ³.

¹ Profesora de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. E-mail: rpaniagua@chs.upcomillas.es

² *Diario de poeta y mar* (1916), Buenos Aires: Losada, 1957 (2), pp. 20 y 158.

³ Cfr. J. R. JIMÉNEZ, *Moguer*. Huelva: Fundación Juan Ramón Jiménez, 1992, p. 28.

Acercarse a Juan Ramón es acercarse a la mejor poesía del siglo xx, en mi caso, es acercarme a mis raíces, a mi casa, volver a «mirarme dentro» lo que fui aquí, lo que sigo siendo allí. Estas páginas quieren ser como una carta entrañable, escrita con el mismo ánimo de nuestro poeta cuando escribía a Ortega, Machado, Unamuno: «cartas a mí con notas mías».

Sabemos la pasión, que comparto, de Juan Ramón por Moguer; hay en él incontables páginas de recuerdos de infancia. El pueblo estuvo siempre en lo más hondo de su alma lírica, escribía desde América en 1949: «... Desde aquí, para mí todo es como un Moguer grande y dominador y quisiera tener moguerenos a mi lado...». Moguer le daba una superposición de paisajes y luces bellísimas, si se asomaba al mar, pensaba que aquel mismo mar llegaba a sus costas onubenses; que era, en definitiva, su mismo mar moguereno. Si miraba la luna pensaba que aquella misma luna estaría dando, pocas horas después, sobre la torre del pueblo, y hasta los pájaros le traían rumores de infancia campesina, rumores, casi palabras, que sólo él entendía del todo: «Yo sé de dónde/ los pájaros han venido/ a cantarme por la noche»⁴.

Desde muy niña supe que existía un poeta muy importante de Moguer que estaba en Puerto Rico, leí entonces *Platero*; supe más tarde que había recibido el mayor galardón literario, el premio Nobel. Ese día recuerdo que el pueblo se hizo fiesta, «la biblioteca» (como se decía entonces) era una ascua de luz, poetas por las calles, en la puerta de mi casa, junto a la de Juan Ramón, mi padre me iba explicando quien era cada uno, yo los miraba asombrada (quién me iba a mí a decir que algunos de ellos los he conocido personalmente en conferencias en la Facultad de Letras de Madrid, en mi licenciatura de Literatura Hispánica, y los he leído con admiración). Recuerdo la ida en burro a Fuentepiña de los poetas, todo un acontecimiento para una niña, que no era consciente, entonces, que se estaba escribiendo, ante sus ojos, una página histórica de la Literatura Universal.

Supe después que había muerto en Puerto Rico y lo traían a enterrar al cementerio de Moguer con su esposa Zenobia, la admiración y la perplejidad fueron creciendo en mí, (debía ser un poeta muy grande me decía en mi interior). Recuerdo el día que llegó el cortejo fúnebre, el pueblo estaba alfombrado con romero y había altares en las calles para la procesión, pues era el día de Corpus. Venciendo el miedo propio de la edad, entré a ver a Juan Ramón y a Zenobia muertos, me impresionó de tal manera que supe,

⁴ F. GARFÍAS, *Juan Ramón en su reino*, Huelva: Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, 1995, p. 147.

ese día, lo importante que iba a ser en mi vida⁵. «Y yo me iré. // Y se quedarán los pájaros cantando, // y se quedará mi huerto con su verde árbol/y su pozo blanco...».

Recuerdo en aquellos días el descubrimiento de otro poema, (creo que estaba impreso en la estampa «recordatoria» que se repartió), estos versos me fueron acercando a su espiritualidad y los he ido «entendiendo» más tarde, cuando la vida ha ido pasando... «Lo que Vos queráis, Señor;/sea lo que Vos queráis. // Si queréis que, entre las rosas,/ría hacia los matinales/resplandores de la vida,/sea lo que Vos queráis. // Si queréis que, entre los cardos,/sangre hacia las insondables/sombras de la noche eterna,/sea lo que Vos queráis. // Gracias si queréis que mire,/gracias si queréis cegarme;/gracias por todo y por nada;/sea lo que Vos queráis./Lo que Vos queráis, Señor; sea lo que Vos queráis»⁶. Hay una gran similitud con el poema de Teresa de Ávila «... Vuestra soy para Vos nací/qué mandáis hacer de mí. // Dadme muerte, dadme vida/dad salud o enfermedad/honra o deshonor me dad/dadme guerra o paz crecida/flaqueza o fuerza cumplida/que a todo digo que si... // En ambos la suprema voluntad de Dios está por encima de todas las cosas».

Empecé a interesarme más por Juan Ramón a raíz de su muerte, aunque yo era muy niña; cada vez que me acerco percibo registros nuevos que me «tocan el alma», su mundo está lleno de insinuaciones de infinito que elevan cuanto tocan, se me hace invitación para mirar alto, hondo. Ha marcado mi gusto poético, y fue determinante en mi elección de carrera y profesión. Ha habido muchas coincidencias, Juan Ramón había nacido en una casa de mi abuelo Domingo Paniagua en la calle Ribera, yo había nacido y vivía al lado de la casa Juan Ramón en la entonces calle Nueva; todo ello me fue moldeando por dentro, y siempre Moguer en mí. Significa mucho haber nacido en ese incomparable rincón del sur, lleno de sol, lleno de azul «... Conciencia deseante y deseada, dios⁷ hoy azul, azul y más azul, igual que el dios de mi Moguer azul...». Decía el poeta: «¿Cuáles son mis primeros y mis últimos recuerdos? Ahondo en la memoria y me pongo con el andarín aquél, rojo y verde, con cascabeles, que se perdía al final de la calle Nueva para reaparecer, luego, en la plaza del Marqués»⁸. Describe un mundo que no me

⁵ Me sentía parte de aquel acontecimiento. Siempre me había impresionado en los libros, la mirada profunda de Juan Ramón, al verlo con los ojos cerrados pensé que había llegado ya a otra contemplación, entendí de mayor que había llegado ya a la *Estación Total*.

⁶ Cfr. *Segunda antología poética (1898- 1918)*, Madrid: Espasa Calpe, Colección Austral, 1969, p. 93.

⁷ La palabra dios la pongo con minúsculas respetando el gusto del poeta de escribirla así.

⁸ *Op. cit.*, 1995. p. 121.

resulta difícil imaginar, después de muchos años fue mi mundo también, mi mundo de infancia y juventud: «...quien pudiera ser siempre lo que fui con los primero...».

2. POR QUÉ ESTE TEMA...

Se me ocurrían varios temas, finalmente he querido centrarme en *este encuentro con el poeta en nuestro Moguer y hacer una tímida aproximación a dios en Juan Ramón*. Cuando «entro» en su poesía recibo ecos semejantes a los que encuentro en Juan de la Cruz y otros místicos: «... Un entender no entendiendo, toda ciencia trascendiendo...», y me deja siempre «... un no sé qué que queda balbuciendo...»⁹. Descubro a un dios identificado con la naturaleza, un dios belleza absoluta, un dios hecho uno con el poeta-creador, un dios creado por él. Trataré de acercarme «de puntillas» a su espiritualidad con todo respeto.

3. ENTRAMOS...

LA PREMISA DE LA SOLEDAD Y EL SILENCIO

Para poder escribir poesía tan sublime, el poeta ha de ser un hombre puro, silencioso, solitario: «... Yo me volví silencioso por el camino perdido/que va a donde nadie sabe/andando al lado del río». Tenemos precedentes de ese silencio habitado en los místicos: «... En soledad vivía y en soledad ha puesto ya su nido...». «... La música callada, la soledad sonora...», dirá Juan de la Cruz. Esa soledad tocaba a Juan Ramón desde la infancia «... el niño todo metido en hondo ensimismamiento...». Lo importante le decía a Rubén Darío es «... dónde debe uno aislarse...». La soledad es buena amiga de la bondad y de la belleza, y a esa buena tierra, llega el «toque de gracia» que lo inunda todo. Moguer contribuía

⁹ Para ahondar en el paralelismo de Juan Ramón y Juan de la Cruz ver: F. JIMÉNEZ HERNÁNDEZ PINZÓN, *Juan Ramón Jiménez, un dios desconocido*, Ediciones Deauno. com, 2003. El autor hace un sugerente ensayo de crítica literaria sobre la poesía mística; en ella marca el recorrido de Juan Ramón en su búsqueda de la belleza, hasta llegar a la depuración mística, trazando un paralelismo con el camino espiritual de Juan de la Cruz revelado en su «Cántico Espiritual».

Ver «Cántico Espiritual», en *Vida y obras de san Juan de la Cruz*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. B.A.C. 1960, p. 731ss.

a su estado interior decía: «Por el pueblo pasa una racha de aire puro, los días son suaves, templados, la paz del campo, la amistad, el reposo, la música..., el poeta destila belleza propia y se va vaciando sobre la obra trascendente»¹⁰.

Insiste: «... Moguer es un buen sitio para aislarse porque hay, paz, belleza. En todas las direcciones se puede encontrar la belleza absoluta e ir arrancando las mejores rosas por todas las avenidas del destino. La soledad del sabio es el ideal perfecto, y desde ahí se puede escribir sin gritos y escuchar el enorme rumor del gran silencio de oro del día y el hervidero de plata de la noche sin fin...»¹¹. Escribe a Unamuno en 1912: «... El ansia de contemplación me devora...», y a Machado en 1913: «... En Moguer me siento limpio, sereno, alto, toco el mismo cielo con las manos, cada vez entiendo menos el anhelo de la popularidad...».

Juan Ramón, a lo largo de su dilatada, hermosa e intensa obra camina hacia un estado de gracia. «Sólo turba la paz una campana, un pájaro/parece que los dos hablan con el ocaso. // Es de oro el silencio./ La tarde es de cristales./Mecen los frescos árboles una pureza errante./Y más allá de todo, se sueña un río límpido/que atropellando perlas,/huye hacia lo infinito.../Soledad, soledad todo es claro y callado.../sólo turba la paz una campana, un pájaro.../Parece que lo eterno se coje¹² con la mano...»¹³.

La confluencia de Juan Ramón y Juan de la Cruz (compañeros de soledades y silencios) es muy clara. El místico había sido lectura favorita del poeta desde la juventud, no es casual que un libro de Juan Ramón de 1908 fuera titulado *la Soledad Sonora*, entre ambos poetas existía una «congenialidad», aprendió Juan Ramón un «aire de altura» que circulaba por sus versos, Juan Ramón definió la poesía como: «...una tentativa de aproximarse a lo absoluto por medio de símbolos...»¹⁴.

¹⁰ F. GARFIAS, *Palabras en la orilla*, Huelva: Caja Rural Provincial de Huelva, 1985, p. 55ss.

¹¹ Cfr. *Carta a Rubén Darío*, 1903. Del primero de los tres tomos del *Epistolario* que ha preparado Alfonso Alegre editado por la Residencia de Estudiantes, Madrid. Se trata de 420 cartas, la mayor parte de ellas desconocidas que, en todo caso, salen a la luz por primera vez completas; entre las joyas ahí contenidas, encontramos diecisiete cartas escritas a Rubén Darío entre 1900 a 1911, recuperadas de los archivos de la Biblioteca Nacional de Chile. Esta carpeta fue encontrada en Puerto Rico con el título «Cartas a mí con notas mías».

¹² Respetamos la grafía *j* como lo hacía el poeta para el sonido fuerte *g/j*.

¹³ Cfr. *op. cit.*, 1969, p. 176.

¹⁴ R. GULLÓN, *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid: Taurus, 1958, p. 108.

LLAMADO POR EL ABSOLUTO

La obra poética de Juan Ramón fue desembocando en un puro anhelo de eternidad, se advierte una preocupación por acercarse a la belleza como un rito religioso. Despojar a la poesía de todo ropaje, era sin proponérselo, una secreta manera de buscar a Dios (*Vino primero pura*), sabe que no le será desvelada la belleza total hasta no entrar en lo eterno. Esta inquietud cuajó en *Estación Total* (1946). Parece ahí que está llegando a ese centro que tanto había buscado, llega a ese centro en el que todo se han convertido en claridad «... Yo soy, el horizonte recojido...». El poeta ha encontrado la plenitud y siente la primera sensación de lo divino. Ya está presente el dios silencioso que ha de inundarlo todo, pero su dios es sólo un reflejo del Dios único; avanzar hacia dios ha sido, en síntesis, toda la obra del poeta que supo hacer de su vocación un rito y de su obra un dogma, estaba seguro de que dios- su dios- estaba con él.

Animal de fondo (1949) es el libro que recoge el más importante suceso poético de su vida, constituye un anticipo de *Dios deseante y deseado* (1948-1949), en el que el poeta, tras el encuentro con su dios, piensa que el orbe que le rodea late alterado por el suceso: «Todas las nubes arden/porque yo te he encontrado,/dios deseante y deseado...».

Para Juan Ramón el mar fue siempre estímulo de aventuras líricas. El mar le dará más tarde la medida de su amor, allí habita su dios, su dios excelso, por allí le llega el «trueque de amor y de infinito»: «Tú vienes con mi norte hacia mi sur/tú vienes de mi este hasta mi oeste...». El poeta recuerda a su dios azul de Moguer perdido y añorante, lejano y presente, «azul, azul y más azul,/igual que dios de mi Moguer azul...».

Por todas partes asoma, irrumpe, estalla el ser supremo, obligando al poeta a contarle, «Todos te ven; todos te vemos...». «... Porque tú amas, deseante dios, como yo amo...». En todas partes estaba el deseado dios, el poeta no lo había visto, por eso estaba triste, ahora ve con claridad meridiana, que estaba separado de aquella hermosa conciencia última por un breve corazón de sangre o de rosa.

Ahora ve cómo cae sobre el mundo iluminando todo, piensa que la luz del mediodía es su resplandor absoluto, resplandor de esa conciencia pura que está en él. «...Hoy pienso —escribe—, que no he trabajado en vano en dios, que he trabajado en dios tanto cuanto he trabajado en poesía...». Juan Ramón ha sido un poeta religioso «a su modo», su constante contemplación de la naturaleza no le impidió tener una vida interior plenamente espiritual; un misticismo, una fe intransigente, implacable. Esa religión —ese dios— le fascina hasta tal punto que todo lo demás le llega a sobrar. «Quien a Dios tienen nada le falta, sólo Dios bastas» (Teresa de Ávila).

No hay en él un sentido cristiano, el sentido religioso que le lleva a esto sería la conciencia del hombre cultivado, el depurado esteticismo, el camino de lo poético, que él considera profundamente religioso. Por ahí llega dios al poeta, que tiene abierta la vida, los ojos, las manos, el corazón y el verso a una pureza que es camino seguro ¹⁵. El vuelo hacia la altura es, paradójicamente, un vuelo a la profundidad de la conciencia, el poeta ha de volar tan alto que llega a la absoluta luz de su conciencia: «... Tú, Dios también estás en ese fondo/... que es el pozo sagrado de mí mismo...». El camino de la poesía no es otro que el de avance hacia dios, al final de su vida todos los nombres se han convertido en uno solo, dios ¹⁶.

4. LA VOZ DEL POETA...

De todo lo que se ha escrito al respecto y que, sobradamente, dan muestra de su profunda espiritualidad, destacamos unas *Notas* que aparecieron en la primera edición de *Animal de Fondo* (1944) y repetidas en *Dios deseado y deseante*. Dice Juan Ramón:

«... Para mí la poesía ha estado siempre íntimamente fundida con toda mi existencia y no ha sido poesía objetiva casi nunca. ¿Y cómo no había de estarlo en lo místico panteísta, la forma suprema de lo bello para mí? No es que yo haga poesía religiosa usual; al revés, lo poético, lo he considerado como profundamente religioso, esa religión inmanente sin credo absoluto que yo siempre he profesado. Es curioso que, al dividir yo ahora toda mi escritura, al final de cada volumen sea de poemas con sentido religioso. Es decir, que la evolución, la sucesión, el devenir de lo poético mío ha sido y es una sucesión de encuentros con una idea de dios. Al final de mi primera época, hacia mis veintiocho años, dios se me apareció como en mutua entrega sensitiva; al final de la segunda, cuando yo tenía unos cuarenta años, pasó dios por mí como un fenómeno intelectual, con acento de conquista mutua; ahora, que entro en lo penúltimo de mi época tercera, que supone las otras dos, se me ha atesorado dios como un hallazgo, como una realidad de lo verdadero suficiente y justo. Si en la primera época fue éxtasis de amor, y en la segunda avidez de eternidad, en esta tercera es necesidad de conciencia interior y ambiente en lo limitado de nuestra morada de hombre...» ¹⁷.

¹⁵ F. GARFÍAS, *Juan Ramón Jiménez*, Madrid: Taurus, 1958, p. 173ss.

¹⁶ J. R. JIMÉNEZ, *Poesía últimas escojidas (1918-1958)*, Edición, prólogo y notas de Antonio Sánchez Romeralo, Madrid: Espasa Calpe, Selección Austral, 1982, p. 37.

¹⁷ Cfr. J. A. MONROY, en *La Palabra*, n.º 205, 4 de diciembre de 2007. Protestante Digital.com, España, 2007.

En una carta que escribe en 1949 a Ángela Figuera Aymerich dice:

«... dios estaba en mí, con inmanencia segura, desde que tuve uso de razón; pero yo no lo sentía, con mis sentidos espirituales y corporales que son naturalmente los mismos, de pronto..., lo sentí, es decir lo vi, lo gusté, lo toqué. Y lo dije, lo canté en el verso que él me dictó»¹⁸.

Hay textos inéditos recogidos por Saz-Orozco en los que Juan Ramón dice:

«Yo creo en Dios como una esencia universal que todavía no comprende el hombre..., un Dios que corresponde (en secreto) a la palabra Dios (dicha) en cualquier idioma y en cualquier tiempo...».

El dios de Juan Ramón es una conciencia universal. *Dios deseado y deseante* constituye un admirable testamento poético; la última palabra que nos legó acerca de lo que «merece la pena» hablar, escribir y pensar para el hombre, una auténtica oración laica con el dios de la belleza. Juan Ramón como Rilke fue un rastreador de la verdad suprema, es uno de los poetas panteístas como lo fue después Vicente Aleixandre¹⁹.

5. PARA TERMINAR...

La trayectoria poética de Juan Ramón, como hemos señalado, ha de entenderse como un camino hacia lo esencial, a través del abandono progresivo de lo accesorio en incesante búsqueda de lo trascendente. La poesía de Juan Ramón se nos ha presentado como una metáfora de la vida eterna, a través de un mundo mejor, en donde el final de la vida no niega la pervivencia para siempre. Es sobre todo, en la segunda etapa, en donde la preferencia por la sencillez, la desnudez en la forma va transitando hacia una experiencia mística laica. La obra del poeta se presenta como un conjunto unitario de reflexiones dedicadas a un tú con el que no sólo se quiere entablar comunicación sino a quién se quiere invitar a compartir la experiencia. Es pues la suya una «mística de creación personal», cifrada al margen de la

¹⁸ A. RECIO MIR, *Símbolos e imaginario último de Juan Ramón Jiménez, Aproximación a Dios deseado y deseante*, Huelva: Diputación Provincial, Servicio de Publicaciones, 2002.

¹⁹ D. MARTÍNEZ TORRÓN (Ed.), *Juan Ramón, Alberti: dos poetas líricos*, Barcelona: Kassel, Edition Reichenberger, 2006.

mística cristiana; él mismo confesó a Ricardo Gullón al final de su vida, que la poesía no era otra cosa que una «tentativa de acercarse a lo absoluto».

El poeta al final se funde con su Dios en un acto gozoso y agradecido, su mística supone una nueva configuración de lo trascendente. Como en Platón, la belleza en Juan Ramón, está ligada al bien, a la verdad, a la aproximación de lo perfecto; se trata de una conquista final que no fue casual, se presagiaba desde su juventud. El místico encuentra su destino en lo más profundo de su conciencia, en ese pozo en el que andaba Juan Ramón acompañado de su dios: «... En este pozo diario estabas tú conmigo/conmigo niño, joven, mayor/y yo me ahogaba sin saberte/me ahogaba sin pensar en ti./Este pozo que era sólo y nada más ni menos/que el centro de la tierra y de su vida...»²⁰.

Su poesía quiere ser también para los demás, no se queda en él, alguna vez dijo: «... confío más en mi poesía para ayudar a los hombres a ser mejores y ponerlos en paz, que en mis imposibles golpes políticos o mis improbables gestos sociales...» Para el poeta el hombre tiene la posibilidad de superar sus fronteras y de entrar en contacto con lo divino, esa posibilidad se la ofrece el cultivo de la poesía, que infunde en él una gracia capaz de crecer y de transformarse. La poesía es ala, es luz; sólo en la eternidad encuentra el poeta su plenitud. La poesía, la esencia de la divinidad, se hace tangible en todas las cosas, esta inquietud produce poesía vivificante, cantos con toque religioso: «//Todas las nubes arden/porque yo te he encontrado/dios deseante y deseado/antorchas altas cárdenas/granas, azules, rojas, amarillas/en alto grito de rumor de luz», «... una luz que no sé de dónde viene, de un ser de luz...»²¹.

Me permito poner el punto y final con unas palabras de Juan Ramón que ratifican una vez más la singular espiritualidad que he querido señalar en esta entrega: «... la poesía es el modo correcto de alcanzar la hermosura inmensa...». Esa misma inmensidad de Dios en el fondo, en su fondo..., en mi fondo. Tuve esa intuición desde niña y la vida, la lectura atenta de nuestro poeta me han ido confirmado en ese hondón habitado por dios, lo Absoluto en el alma de uno de los más grandes poetas de todos los tiempos: «... Seré la plenitud/de tus horas medianas. // Subiré con hervor tu hastío/daré a tu duda espuma. // Desde entonces, ¡qué paz!/No tiendo ya hacia fuera/ mis manos. // Lo infinito está dentro...».

²⁰ Cfr. *op. cit.*, 2002.

²¹ R. GULLÓN, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, edición digital a partir de *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 14 (marzo-abril 1950), Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 2006, pp. 343-350.

6. BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA

- ALBORNOZ, A. DE. (1981), *Juan Ramón Jiménez*, Madrid: Taurus Ediciones.
- AZAM, G. (1983), *La obra Juan Ramón Jiménez*, Madrid: Editora Nacional.
- BLASCO PASCUAL, F. J. (1981), «*La poética de Juan Ramón Jiménez: desarrollo, contexto y sistema*», Universidad de Salamanca, Facultad de Filosofía, Departamento de Literatura Española.
- BO, C. (1943), *La poesía de Juan Ramón Jiménez*, Madrid: Editorial Hispánica.
- CONDE, C. (1943-1944), «Cuando los poetas hablen a Dios», *Rueca*, II, 9, pp. 41-51.
- DÍAZ-PLAJA, G. (1958), *Juan Ramón Jiménez en su poesía*, Madrid: Aguilar.
- DORESTE, V. (1957), «Juan Ramón o la espiritualidad luciente», *La Torre*, 19-20, pp. 311-322.
- FIGUEIRA, G. (1944), *Juan Ramón Jiménez, Poeta de lo inefable*, Montevideo: Tall. Gráf. Gaceta Comercial.
- GARFÍAS, F. (2002), *La idea de Dios en Juan Ramón Jiménez*, Moguer: Junta de Andalucía, Fundación Juan Ramón Jiménez.
- GULLÓN, R. (1960), *Estudios sobre Juan Ramón Jiménez*, Buenos Aires: Losada.
- (1968), *El último Juan Ramón Jiménez: Así se fueron los ríos*, Madrid: Alfaguara.
- LIRA, O. (1969), *Poesía y mística en Juan Ramón Jiménez*, Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- RECIO MIR, A. (2002), *Símbolos e imaginario último de JRJ: Aproximación a Dios deseado y deseante*, Huelva: Diputación, Servicio de Publicaciones.
- SANTOS-ESCUADERO, C. (1975), *Símbolos y Dios en el último JRJ. El influjo oriental en Dios deseado y deseante*, Madrid: Editorial Gredos; SANTOS-ESCUADERO, C. (1975), *Símbolos y Dios en el último Juan Ramón Jiménez. El influjo oriental en «Dios deseado y deseante»*, Madrid: Gredos.
- SAZ-OROZCO, C. (1966), «Dios en Juan Ramón Jiménez», en *Razón y fe*, Madrid.